

Pablo Urbaitel

Licenciado en Ciencias de la Educación. Profesor Adjunto del Núcleo Socio-educativo de la Escuela de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Rosario. E-mail: purbaite@agatha.unr.edu.ar

Educación y adultos mayores: entre potencialidades y obstáculos

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo reflexionar sobre las características que poseen los adultos mayores en tanto destinatarios de propuestas educativas. Partiremos desde una posición que entiende a los sujetos como histórico-sociales y analizaremos las particularidades de este grupo etáreo en los escenarios de la contemporaneidad. Por otra parte, abordaremos una de las paradojas que caracteriza el trabajo con personas mayores en la sociedad actual: la conquista de mayor expectativa de vida, por fin obtenida gracias a los avances en las ciencias de la salud, ha venido acompañada por el debilitamiento de la valoración simbólica y social de la población longeva. En este sentido, reflexionaremos sobre los riesgos que produce pensar la educación desde propuestas anticipatorias y deterministas de un futuro ya previsto del educando. Lejos de poner en acto "profecías autocumplidas", queremos posicionarnos en prácticas educativas "antidestino" (Nuñez, 1999) que entienden a los sujetos como una incógnita, como singularidades que no podemos anticipar ni, mucho menos, intentar determinar.

Palabras claves

adultos mayores · contemporaneidad · gerontofobia · expectativa de vida

Abstract

This article aims to reflect on the characteristics that have the elderly as recipients of educational proposal. This essay starts from a position that took the subject as a historical-social and analyze the specific characteristics of that age group in contemporary scenarios. Moreover, we will address a paradox that characterizes the work with the elderly in today's society: the achievement of longer life expectancy, finally obtained thanks to advances in health sciences, has been accompanied by the weakening of symbolic and social assessment of longevity population. In this sense, we reflect on the risks resulting from thinking about education from anticipatory proposed deterministic to a projected future of the student. On the contrary, instead of putting in action "self-fulfilling prophecies" we position ourselves in "anti-destiny's" educational practices (Nuñez, 1999) that understand the subject as a mystery, as singularities we can not anticipate, let alone, trying to determine.

Keywords

elderly · contemporary · gerontophobic · life expectancy

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo central reflexionar sobre las características que poseen los adultos mayores en tanto destinatarios de propuestas educativas, pero nuestra intención no es pensar en sujetos abstractos y a-históricos sino, por el contrario, en sujetos atravesados por lo histórico social.

Son innumerables los cambios sociales ocurridos durante las últimas décadas, en este sentido, consideramos importante mencionar algunas de las transformaciones que afectan particularmente las formas de construir la idea de vejez en los territorios de la contemporaneidad:

a) Transformación demográfica. Estamos atravesando un acelerado proceso de cambios demográficos producto, entre otras razones, de la aplicación de los avances científicos y tecnológicos a la medicina, de los bajos índices de natalidad de las nuevas generaciones y de la disminución de la mortalidad, que posibilitó un aumento en los años de sobrevivencia y, por consiguiente, un número mayor de personas logran vivir hasta edades envejecidas. Dichas transformaciones sociales produjeron mutaciones en los fenómenos demográficos que nos conducen a un gradual proceso de envejecimiento de la población: se espera que en los próximos años la proporción de personas mayores se duplique¹; el envejecimiento continuo es una realidad incontestable.

b) Sociedades fragmentarias. Nos encontramos con un tejido social desintegrado, en el que algunos sectores de la población longeva lograron una mejora en sus condiciones de vida mientras que para otros, la gran mayoría de esta franja etárea, se produjo un profundo deterioro. Fundamentalmente, a partir de la pauperización de su salario con el pago de jubilaciones miserables y por el corrimiento de la responsabilidad social del Estado ante nuestros mayores con el auge de las políticas neoliberales.

c) Debilitamiento del poder simbólico de los adultos mayores. Paradójicamente, la conquista de mayor expectativa de vida ha venido acompañada por la desvalorización del valor de la experiencia. En este sentido, las personas de edad proveya dejaron de ser consideradas como poseedoras de autoridad moral y han pasado a ocupar un lugar social residual y de escasa valoración social. Vivimos en tiempos de adolescentización de la sociedad y de centralidad de lo juvenil, en desmedro de la experiencia de las generaciones adultas (Finkielkraut, 1987) y de desplazamientos de un modelo de sociedad gerontocrática hacia un modelo gerontofóbico (Gil Calvo, 2004).

.....
1 Siguiendo a Aromando (2002) para el año 2030 la población mayor de 60 años será el 31 %. Por lo tanto, la población de mayores será por primera vez en la historia de la humanidad, igual a la de los menores de 14 años

d) El advenimiento de una sociedad postradicional² que desestima las autoridades externas. Siguiendo a Bauman (2000), podríamos hablar de la “profanación de lo sagrado” como la desautorización y la negación del pasado y, primordialmente, de la tradición, es decir, el sedimento y el residuo del pasado en el presente³.

e) El declive de los “grandes relatos”⁴, que ayudaban a construir cosmovisiones y significados colectivos que proporcionaban unidad y fundamento al orden social y un cierto sentido de identidad y pertenencia a los individuos.

f) La irrupción de las nuevas tecnologías, que han modificado las relaciones sociales, las formas de percibir y organizar el mundo, la configuración del mundo del trabajo, los vínculos intergeneracionales, etc.

Sin embargo, no es nuestra intención pensar lo nuevo con viejas matrices interpretativas. Por el contrario, la empresa exige pensar lo nuevo desde lo nuevo. Las modificaciones antes mencionadas nos enfrentan, además, a otra cuestión: los cambios alteran las relaciones sociales, pero también alteran las formas de pensar esas relaciones.

Si pensamos las nuevas configuraciones sociales con las viejas matrices de pensamiento (construidas en otras condiciones de época), es posible que no seamos capaces de captar lo nodal de estas novedosas experiencias. Como nuestras retinas están acostumbradas a ver (más aún en un mundo que ofrece innumerables pantallas y modos de ejercitar nuestras funciones escópicas), nos encontramos ante un desafío: mirar las nuevas transformaciones con otros ojos. Pero esta mirada no es consecuencia de la buena voluntad, sino de construir operaciones y procedimientos que nos permitan empezar a percibir de otro modo. Algo así como mirar lo que hay desde lo que hay y no desde lo que debería haber y no establecer *a priori* juicios de valores. Creemos, en consonancia con Vasen (2008:20), que “cuando la nostalgia nos fascina, nuestra posibilidades de obrar en el presente se angostan” y eso es lo que intentaremos evitar en este trabajo.

Los adultos y los nuevos escenarios sociales

a) Pensar a los mayores en clave socio-histórica implica ingresar en un campo que podríamos denominar sociología de las edades. El estudio de la edad no es un territorio recientemente descubierto en el campo de las ciencias sociales⁵. Para investigadores como Lewis Morgan, Franz Boas, Margaret

.....
2 Ver Beck, Giddens y Lash (1997).

3 Ver Bauman (2000).

4 Ver Lyotard (1989).

5 Cuando buscamos antecedentes en los estudios de los grupos etéreos, vemos que los primeros estudios se relacionan con juventud e infancia y que los relacionados a la vejez son más recientes.

Mead o Karl Mannheim (precursores de los estudios sobre los diferentes grupos etéreos), la edad ha sido considerada, junto con el sexo, como un principio universal de organización social. No obstante, es evidente que en nuestra realidad actual los conceptos generalmente utilizados como clasificatorios, en torno a esta problemática, son ambiguos y difíciles de definir.

Juventud, infancia o vejez, el tema que nos convoca, se convirtieron en categorías imprecisas con límites borrosos. El resquebrajamiento de los moldes clasificatorios “clásicos” se debe, entre otros factores, a: el debilitamiento de viejos ritos de pasaje⁶; la crisis de las instituciones tradicionales⁷; los “déficit de socialización” en relación a los procesos de transmisión⁸; y a la emergencia de procesos de fuerte y progresiva heterogeneidad social (producto de la profunda desigualdad) en el plano económico, social y cultural.

La complejidad creciente de la vida social propia de la época actual, fue modificando ostensiblemente la noción contemporánea de adultez mayor. Es necesario acompañar la referencia a la tercera edad con la multiplicidad de situaciones sociales en que esta etapa de la vida se desenvuelve. A nuestro juicio, resulta inapropiado caracterizar como parte de un mismo grupo realidades tan heterogéneas. No es posible hablar “en singular” sobre esta categoría, para referirnos a este complejo entramado social, es necesario hablar de la existencia de *adultos mayores* para construir miradas más integradoras y potenciadoras de esta población. Pero no nos referimos a una cuestión gramatical o a un problema de números y cantidad; lo que aparece, por el contrario, es una discusión relacionada a una cierta epistemología de las edades, que exige mirar desde la diversidad a este mundo social.

Son muchas las variables que nos ayudan a comprender la pluralización del concepto “adultos mayores”, no resulta lo mismo para habitar este período etéreo vivir en el campo que en la ciudad, ser hombre que ser mujer, tener una

6 Turner señala que los ritos expresan situaciones de conflicto y, recuperando a Durkheim, sostiene que la función del ritual es la cohesión social. En tal sentido, uno de los fines del ritual es lograr que los individuos asuman los papeles que la sociedad les asigna; el ritual adapta y readapta periódicamente a los individuos a las condiciones básicas y a los valores incontrovertibles de la vida social. Los ritos de paso son las ceremonias que acompañan todo cambio de lugar, estado, posición social, edad. Se pueden encontrar en cualquier sociedad, aunque alcanzan su máxima expresión en las sociedades de carácter estable. Estos ritos establecen transiciones entre estados distintos, refiriéndose a estado como una situación estable y fija. Los ritos de pasaje, siguiendo a Arnold van Gennep, incluyen tres fases: a) separación; b) estado; y c) agregación.

7 A este fenómeno Giddens (1997) lo denomina sociedades post-tradicionales. Según este autor, se genera una fuerte metamorfosis social bajo el impacto de la globalización, fundamentalmente en los países occidentales, que trae como una de sus consecuencias centrales el distanciamiento del peso de la tradición, no solamente de las instituciones públicas sino de la vida cotidiana. Este proceso de destradicionalización se produce porque las sociedades ya no cuentan con la seguridad de ninguna tradición y de ninguna autoridad exterior, lo que produce transformaciones radicales en el campo de la construcción de las identidades y altera el sentido de las instituciones sociales.

8 Ver Tedesco (2000).

magra jubilación que poseer un buen nivel adquisitivo, por nombrar algunas de las variables que la condicionan.

A la hora de definir la categoría adultos mayores, nos encontramos con dos perspectivas fuertemente contrapuestas. Por un lado, se encuentran las miradas "clásicas", las biologicistas, que definen a las personas mayores sin distinciones y con características uniformes relacionadas sólo con lo estrictamente biológico-cronológico; y, por otra parte, las perspectivas socio-antropológicas que tratan de superar la consideración de la adultez mayor como mera categoría etérea, incorporando en los análisis la diferenciación social, histórica y la cultural.

Las concepciones biologicistas no sólo han hegemonizado por mucho tiempo las producciones de las ciencias sociales y médicas, sino también los imaginarios colectivos con que nuestras sociedades se nutren cotidianamente. Las visiones culturalistas, que surgieron en contraposición a las anteriores, han comenzado a abrirse espacios tanto en el ámbito académico, como en el sentido común de nuestras sociedades.

Tal como mencionamos, para los biologicistas ser adultos mayores se relaciona al hecho cronológico duro, tener más de sesenta años y encontrarse viviendo en una etapa biológica particular. Creemos que estas perspectivas son reduccionistas y que posicionados desde una mirada culturalista trabajaremos con mayor profundidad este paradigma.

Dentro del modelo "culturalista", Bourdieu (1990) plantea a la juventud como mero signo (nosotros lo hacemos extensivo a todos los grupos etéreos y, específicamente, a los adultos mayores): una construcción cultural desgajada de otras condiciones, un sentido socialmente constituido, relativamente desvinculado de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significante. El título del polémico artículo "La juventud no es más que una palabra"⁹ es una muestra de la centralidad que el autor le asigna a la condición de signo en las reflexiones en torno a lo etéreo.

El sociólogo francés señala que las divisiones entre edades son arbitrarias, que las fronteras entre la juventud y la vejez en todas las sociedades son objeto de lucha, que es una cuestión de poder. Por lo tanto, las clasificaciones no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre generaciones: "Las clasificaciones por edad (y también por sexo o, claro, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar" (Bourdieu, 1990:163).

La edad es un dato biológico socialmente manipulable: pensemos, por ejemplo, la discusión sobre el corrimiento de la edad jubilatoria. Aquí se define

.....
9 Artículo incluido en Bourdieu, P. *Sociología y cultura*. México. Grijalbo. 2000.

la edad a partir de un criterio arbitrario que posibilita pagar las pensiones más tardíamente, permitiéndole al Estado achicar el presupuesto en lo concerniente a las erogaciones jubilatorias.

La adultez mayor, como toda categoría socialmente constituida que alude a fenómenos existentes, tiene una dimensión simbólica, pero también debe ser analizada desde otras dimensiones: se debe atender a los aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos en que toda producción social se desenvuelve. Es una condición constituida por la cultura, pero que tiene una base material vinculada con la edad. A ésto Margulis y Urresti (1996) lo denominan facticidad: un modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones. La condición etaria no alude sólo a fenómenos de orden biológico vinculados con la edad (salud, energía, etc.), también está referida a fenómenos culturales articulados con la edad.

Hablamos de los grupos etáreos como categorías vinculadas a la edad, procesadas por la historia y la cultura. Ser mayor, de esta manera, no depende sólo de la edad como característica biológica, como condición del cuerpo. Tampoco depende solamente del sector social a que se pertenece, con la consiguiente posibilidad de acceder de manera diferencial a una moratoria vital¹⁰. Hay que considerar, además, el hecho generacional: la circunstancia cultural que emana de ser socializado con códigos diferentes, de incorporar nuevos modos de percibir y de apreciar, de ser competente en nuevos hábitos y destrezas, elementos que distancian a los “recién llegados” del mundo de las generaciones más antiguas¹¹.

.....
 10 Sibilia plantea que mientras el capitalismo industrial desarrolló técnicas para modelar eficientemente cuerpos útiles y subjetividades dóciles, en la actual sociedad de información, la teleinformática y la biotecnología pretenden lograr mutaciones aun más radicales: la supresión de las distancias, de las enfermedades, del envejecimiento e incluso de la muerte. Así, con la teoría molecular del código genético, la vida se ha convertido en información y la naturaleza se ha vuelto programable. De ese modo, tanto la vida como la naturaleza han ingresado en el proceso de digitalización universal que marca nuestra era. La materialidad del cuerpo es entendida como un obstáculo a derribar. El deseo de lograr una total compatibilidad con lo digital se ha convertido en un imperativo interiorizado que torna el cuerpo obsoleto. Esta evolución posthumana muestra los cuerpos insertos en un régimen digital donde se presentan como sistemas de procesamiento de datos encargados de disolver su propia materialidad. Se produce una “tiranía del *upgrade*”: la constante necesidad de mejorar la condición humana, potencializarla, superar los límites que son relativos a la configuración orgánica del cuerpo humano. Se pretende “ejercer un control total sobre la vida (...) y superar las antiguas limitaciones biológicas, incluso la más fatal de todas, la inmortalidad” (Sibilia, 1999:55).

11 Con respecto a las relaciones que se establecen entre los “nuevos” y los adultos, Arendt (1996) plantea que las viejas generaciones deben asumir la responsabilidad de permitir que cada generación desarrolle lo que trae consigo, a la vez que deben asegurar la continuidad de de la cadena intergeneracional. Se trata de un equilibrio difícil e inestable. En el ensayo acerca de la crisis de la educación, Arendt señala que la *autoridad* es parte de la *responsabilidad* del adulto frente a las nuevas generaciones, responsabilidad que tiene que ver con la necesidad de enseñarles el mundo al que han llegado. La tarea podría expresarse en términos de mediación entre lo viejo y lo nuevo.

Ser integrante de una generación distinta significa diferencias sustanciales en el plano de la memoria. No se comparte la memoria de la generación anterior, ni se han vivido sus experiencias. La generación¹² alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios culturales que caracterizan cada coyuntura histórica y que la hacen singular y diferente a otra. Cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como perteneciente a una cultura diferente, en la medida en que incorpora en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y formas de percibir, de apreciar, clasificar y distinguir.

Directamente relacionado con lo generacional, incorporamos otro aspecto al fáctico-biológico y al simbólico: el de la memoria social incorporada. Estamos frente a la dimensión histórica del mundo social en el que acontecen las distintas facticidades, los distintos modos de estar y abrirse al mundo. Además de las diferencias sociales explícitas, hay que atender al encadenamiento de acontecimientos que van constituyendo la estructura, a su carácter sedimentado de experiencias acumuladas.

La experiencia social vivida no es igual en alguien que fue joven durante los cuarenta a alguien que es joven hoy, se han socializado en mundos de vida muy distintos, con distintos códigos, son nativos de distintas culturas. No es lo mismo haberse socializado con la radio, que con la televisión o con la computadora multimedia -aún cuando no estén presentes en todos los hogares-, ni haber llegado a la madurez sexual en épocas de moral puritana que en los años de la liberación durante la década del '60. La marca histórica de la época es también determinante, aún cuando se la procese atendiendo a las determinaciones de clase.

.....
12' Mannheim elabora un concepto de generación que distingue dos condiciones fundamentales vividas por los contemporáneos: por una parte, hay una condición de coetaneidad por la que los sujetos que coexisten en la misma época constituyen un conjunto generacional sumido en las mismas experiencias. Una generación tiene oportunidades vitales como resultado de su contexto histórico y social. Los miembros de una generación se mantienen unidos en la experiencia de los acontecimientos históricos, que difiere de la experiencia de las otras generaciones. Por ello, el autor habla de la estratificación de las generaciones. La contemporaneidad cronológica es, por tanto, condición necesaria pero no suficiente para definir una generación. Las unidades generacionales mantienen sus vínculos por la identidad de sus respuestas y puede darse el caso, de hecho se da, de que una generación se componga de varias unidades generacionales diferentes y que entren en conflicto entre sí. El sociólogo alemán señala "la contemporaneidad del nacimiento, de hacerse joven, adulto, viejo, no es constitutiva de la situación común en el espacio social, es, por el contrario, en primer lugar la posibilidad que se sigue de participar en los mismos acontecimientos, en la misma vida, etc. y, más aún, de hacerlo a partir de una misma forma de estratificación de la consciencia. Es fácil demostrar que la contemporaneidad cronológica no basta para constituir situaciones de generación análogas (...) No se puede hablar de una situación de generación idéntica más que en la medida en que los que entren simultáneamente en la vida participen potencialmente en acontecimientos y experiencias que crean lazos. Sólo un mismo cuadro de vida histórico-social permite que la situación definida por el nacimiento en el tiempo cronológico se convierta en una situación sociológicamente pertinente. Además, hay que tomar en consideración aquí el fenómeno de la estratificación de la experiencia" (Mannheim, 1993:52-53).

La generación es una estructura transversal, la de una experiencia histórica, la de una memoria acumulada. La generación, más que a la coincidencia en la época de nacimiento, remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado. Aquí es donde debe inscribirse a las cronologías como genealogías, es decir, como parentesco en la cultura y en la historia y no en la simple categoría estadística.

Recuperando el concepto de *habitus*¹³ que desarrolla Bourdieu (1988), también podríamos plantear el de “habitus generacionales”, lo que implica un paradójico condicionamiento estructural de tipo histórico. No es posible des-historizar las estructuras sociales, separándolas de la experiencia temporal de los sujetos que las portan y realizan, dejando de lado la diacronía de las mismas que hace que los actores se socialicen en circunstancias históricas diversas, con independencia del lugar que ocupen en el espacio social. La estructura social se va constituyendo en el plano de la temporalidad, con entradas y salidas de sujetos, con tradiciones que seleccionan y olvidan aspectos y remarcan otros, con acontecimientos que alteran radicalmente su fisonomía. Este momento diacrónico es un componente básico de la estructura en el espacio social, es el resultado de la disputa que se produce entre generaciones con relativa autonomía respecto a las clases.

En síntesis, la generación no es una simple coincidencia en la fecha del nacimiento, sino una verdadera hermandad frente a los estímulos de una época, una diacronía compartida, una simultaneidad en proceso que implica una cadena de acontecimientos de los que se puede dar cuenta en primera persona, como actor directo, como testigo, o al menos como contemporáneo.

b) Una de las grandes paradojas que caracterizan al mundo contemporáneo es que la conquista de mayor expectativa de vida, por fin obtenida gracias a los avances en las ciencias de la salud, ha venido acompañada por la abdicación del poder de los mayores, que de ser vistos como depositarios y poseedores de la autoridad moral han pasado a ser visualizados, por usar un eufemismo, como actores sociales muy poco relevantes¹⁴.

.....
 13 El *habitus* es el concepto que le permite a Bourdieu relacionar lo objetivo (la posición en la estructura social) y lo subjetivo (la interiorización de ese mundo objetivo). El autor lo define como: “Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas (...) es también estructura estructurada: el principio del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales (...) Sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistémica la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase y la diferencia constitutiva de la posición, el *habitus* aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadadas y enclasantas (como productos del *habitus*), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibir las como naturales” (Bourdieu, 1988:170-171).

14 Gil Calvo (2003) nos ofrece una particular y provocadora explicación sobre este novedoso fenómeno. Según su apreciación, la respuesta parece ser económica, una lógica hegemónica en

En las sociedades gerontocráticas, los mayores resultaban visibles (aunque cuantitativamente su número era reducido por su escasa expectativa de vida) pues se los contemplaba y admiraba tanto como se les temía y envidiaba. Como su lugar social era privilegiado, no dudaban en exhibirse ostentando el *status* social que ocupaban. Por el contrario, en la sociedad contemporánea, que no es gerontocrática sino gerontofóbica, los adultos mayores parecen invisibles (aunque constituyan un importante porcentaje de la población por su larga longevidad), porque se los ignora y se los oculta tanto como se los desprecia.

Si la sociedad gerontocrática eleva a los mayores a la categoría de personas dignas de respeto, es decir se los trata como sujetos, es porque gozan de poder y autoridad. En cambio, en las sociedades gerontofóbicas que han desposeído a los mayores de poder social, se les otorga un lugar de objetos y se los priva de casi toda su autonomía personal.

Hasta no hace mucho tiempo, la gran mayoría de las “esferas de poder” estaban en manos de personas mayores, siguiendo a Mann (1991) tomaremos cuatro dimensiones: el poder coercitivo¹⁵, el poder político¹⁶, el poder económico¹⁷, y el poder simbólico¹⁸ (a nuestro juicio, son las dos últimas esferas, la económica y la simbólica, en donde se observa más fuertemente el debilitamiento del poder de los mayores).

De todas las modalidades de poder, el coercitivo ha sido el que menor presencia de ancianos ha exhibido. Tal vez se deba a que no resultaba decisivo, pues lo coercitivo estaba supeditado a los otros poderes. Solamente el generalato y el mando de las fuerzas armadas solía estar a cargo de oficiales de edad propecta, pues el poder coercitivo de tipo militar se reservaba a los jóvenes.

En el plano político la gerontocracia masculina tenía completo monopolio del poder, fundamentalmente los sectores más adinerados que ocupaban casi la totalidad de los consejos de ancianos. Los jóvenes sólo ejercían dominación

tiempos de dictadura de mercado, plantea que cuando los mayores escaseaban, era valorados y respetados pero ahora que abundan en exceso su figura es despreciada.

15 Se sustenta en el control físico de la violencia corporal, que permite reprimir, amenazar, etc. Es ejercido por el ejército, la policía, los tribunales.

16 Se relaciona con los ámbitos donde se toman las decisiones estratégicas fundamentales de las que dependen el control y la organización del comportamiento social. El poder político controla las decisiones públicas y es ejercido por las instituciones gubernamentales.

17 Controla los recursos materiales y técnicos o financieros con los que se producen, consumen, distribuyen e intercambian bienes y servicios. Es ejercido por instituciones como la propiedad, el comercio y la empresa.

18 Basado en la influencia o autoridad moral que permite definir la realidad social clasificándola en términos de legitimidad o ilegitimidad social, para prescribir y proscribir formas de conductas justas o injustas. Lo podemos ver en el control de las iglesias, la universidad y los medios de comunicación.

en los regímenes de fuerza en los que se le otorgaba un lugar privilegiado al guerrero y/o al líder carismático, pero incluso estos hombres fuertes eran asesorados por sabios ancianos.

El declive del poder político surge como consecuencia de la emergencia de la revolución democrática en occidente, pues la gerontocracia como forma de gobierno sólo resultaba posible en los regímenes aristocráticos y oligárquicos. Otro factor que contribuye al debilitamiento del poder político es el descrédito en las instituciones burocratizadas basadas en la antigüedad como elemento determinante de ascenso. Así, aparecen las tecnocracias, fundamentalmente vinculadas al aparato estatal, frente a la desconfianza en los envejecidos burócratas. De esta manera, las únicas posiciones de poder político reservadas a los mayores fueron las de aquellos organismos o instituciones que menos necesitaban en su dinámica de funcionamiento de criterios racionales de rendimiento taylorista, tales como las reales academias de ciencias y artes, las fundaciones y organismos filantrópicos y las cúpulas de las diversas iglesias (católica, reformista, judía, etc.). En este sentido, las instituciones culturales de raíces premodernas, como los monasterios, universidades, iglesias, son casi las únicas que continúan siendo dominadas por personas de edad proveya. Son estas instituciones, además, ámbitos en lo que aún se privilegia su poder simbólico.

En el plano económico, se eclipsó el poder "patriarcal" a partir de la invención del capitalismo y, sobre todo, de la revolución industrial. El poder económico dejó de ser controlado por personas mayores para pasar a estar en manos de adultos mucho más jóvenes.

Hasta entonces la economía se concentrada en manos de los patriarcas ancianos. El poder económico se centraba en la propiedad familiar de la tierra y en el capital transmisible en herencia como patrimonio familiar. Sus titulares eran por lo general los mayores de cada familia, que lo legaban de sus antecesores masculinos primogénitos de manera usual. Este modelo se basó en el patriarcado sustentado en la figura del *pater familias*¹⁹ de los romanos, propietario de su esposa, sus hijos²⁰ y demás descendientes y todos sus esclavos.

.....
 19 La palabra latina *Pater familias*, traducida literalmente, significa el padre de familia. El *pater familias* era el dueño legal del hogar y de todos sus miembros. En una sociedad patriarcal típica de la Antigüedad, él era el que trabajaba para sostener la casa y tomaba las armas en caso necesario para defenderla y, por tanto, era la pieza sobre la que giraba toda la familia. Era la máxima autoridad familiar gracias a la Patria Potestad de que disponía, por la cual él era la ley dentro de la familia y todos los demás miembros debían obediencia a sus decisiones. El *pater familias* tenía poder legal sobre todos los miembros de su familia, además del poder que le daba ser su mantenedor económico o su representante ante los órganos políticos de Roma.

20 Esta mirada sobre la niñez se circunscribe a una coyuntura histórica particular. En este sentido, Gil Calvo (2003) realiza un ácido y provocador análisis acerca de las diferentes visiones sobre la infancia a través de la historia. Plantea que se ha modificado sustancialmente el valor social que se asigna a los menores señalando tres etapas: a) durante la premodernidad, los menores era considerados bienes de producción, en tanto mano de obra no remunerada del trabajo familiar. Además, el sólo

Las únicas mujeres que podían acceder a algún poder eran las viudas del patriarca, las demás mujeres carecían de todo tipo de poder.

Pero todo esto cambió en cuanto la economía comenzó a transformarse para dejar de ser una economía preindustrial de propietarios y convertirse en una economía industrial de trabajadores que se jubilaban cuando su productividad comenzaba a declinar. El poder económico del modelo patriarcal se comenzó a quebrar “cuando la base material de subsistencia dejó de ser la propiedad de la tierra a ser transmitida hereditariamente de padres a hijos y se convirtió en la venta de fuerza de trabajo en el mercado, para la cual la unidad relevante es el individuo y no la familia” (Jelin, 1996:32).

Creemos que en el poder simbólico es donde los ancianos lograron mayor autoridad. Este poder simbólico se sustentaba en la experiencia vivida y en la memoria, pues eran los únicos que podían informar sobre el pasado. Se los identificaba con la voz de la experiencia adquirida tras presenciar, y tal vez haber protagonizado, diferentes hechos de la vida colectiva de una sociedad. Los mayores, de alguna manera, atesoraban en sus memorias las diferentes respuestas a los problemas que se habían dado en el pasado.

Como las sociedades tradicionales eran estacionarias y se mantenían casi invariables, el poder simbólico de los ancianos radicaba en que las decisiones que les habían servido en el pasado seguían siendo válidas en el presente. Las personas de edad provechosa atesoraban en su memoria todas las soluciones que en el pasado se habían dado a los diferentes problemas por los que la sociedad atravesó y que hubo que superar. Poseían la autoridad para utilizar las soluciones que habían sido efectivas en otros momentos históricos, pues eran los únicos que podían recordar esas fórmulas.

Por otra parte, en las sociedades ágrafas o en aquellas que aun conociendo la escritura se basaban en la transmisión oral de la cultura, los mayores eran los únicos depositarios de la memoria colectiva, como si fueran bibliotecas vivientes que guardaban en su mente todo el saber aprendido de sus interlocutores mayores y ya desaparecidos. Los ancianos, por lo tanto, eran sabios y poseedores de un saber socialmente valorado, en tanto constituían la mejor fuente de información sobre el pasado que, como mencionamos, seguía rigiendo el presente.

hecho de mantenerlos durante la infancia los obligaba a mantenerlos durante la vejez (una especie de seguro privado de salud y jubilación); b) durante la modernidad, los hijos comenzaron a ser vistos como bienes de inversión. La idea de familia burguesa comenzó a ver a sus herederos como continuadores de la empresa familiar. Los hijos comenzaron a ser un esfuerzo de muchos años que incluía un período de moratoria social para formarse en instituciones educativas; c) en el contexto de la naciente modernidad líquida (Bauman, 2000), los menores son considerados como bienes de consumo; de ahí que se los vista, se los arregle a la moda, a fin de convertirlos en atractivos espectáculos visuales. La flexibilización laboral y los crecientes procesos de individuación determinan que los hijos no puedan suceder a los padres ni heredar sus cambiantes puestos laborales. Por lo tanto, si los hijos no son una promesa de futuro habrá que disfrutarlos en el presente.

El poder simbólico que provenía de ser los ancianos los únicos depositarios de la memoria oral de la comunidad, se eclipsó con el triunfo de la lógica de la escritura sobre la lógica de la oralidad. Pero su abdicación definitiva se produjo a mediados del siglo XVIII con la revolución de la lectura, cuando la prensa y la literatura popular comenzaron a expandirse por toda Europa. Hasta la emergencia de la imprenta, la memoria estaba controlada por escribas, mayoritariamente ancianos, que monopolizaban la interpretación de los textos escritos y que cumplían la tarea de mediadores entre los textos escritos y el resto de la sociedad compuesta, en una inmensa proporción, por personas analfabetas.

Recién a partir del pronunciado crecimiento cuantitativo de la población con capacidades lectoras perdieron el monopolio de la hermenéutica de los textos escritos, logrando los jóvenes alfabetizados acceder al conocimiento de diferentes materiales impresos.

Por otra parte, los saberes socialmente valiosos ya no eran los de la cultura humanista sino los científicos, dado que (entre otras razones) la ciencia moderna terminó con el monopolio eclesiástico de la definición de realidad y la valoración científica ya no dependió tanto de la experiencia como de la competencia profesional. Podríamos decir que el imperialismo de la ciencia moderna eclipsó la gerontocracia simbólico-cultural²¹. De esta manera, el poder de los sabios, los profetas, entró en decadencia para ser sustituido por científicos y técnicos mayoritariamente más jóvenes.

Con la emergencia de las sociedades mass-mediáticas se impuso una nueva democracia de audiencias, allí la opinión pública parece ser la exclusiva soberana. La memoria del pasado ya no cuenta porque, como señalamos, el pasado ya no rige el presente y porque en esta sociedad filoneísta interesa la actualidad inmediata.

La sobrevaloración del presente en detrimento del pasado y los ideales de futuro junto con la desmedida seducción por todo aquello relacionado con la novedad son signos evidentes de la época. Parafraseando a Bauman (2008), pasamos de una sociedad "ahorrista" (centrada en la idea de ahorro como limitación del consumo inmediato en pos de un proyecto futuro) a una sociedad "ahorista" (dominada por la satisfacción inmediata del deseo). De esta manera, la globalización arrastra las economías a la producción de lo efímero, lo volátil (mediante una reducción masiva y generalizada del tiempo de vida útil de productos y servicios) y lo precario (trabajos temporarios, flexibles, de tiempo parcial).

La industria actual está montada para producir innumerables atracciones y tentaciones de consumo. La naturaleza propia de las atracciones consiste

.....
21 A este fenómeno Weber lo denominó "proceso de secularización", en que las concepciones mágicas o espirituales fueron sustituidas por nuevas definiciones más racionales.

en que tientan y seducen sólo en tanto nos hacen señas desde esa lejanía que llamamos futuro; pero la tentación no debe sobrevivir mucho tiempo a la rendición del tentado y los deseos tampoco deben sobrevivir a su satisfacción. La satisfacción del consumidor debe ser instantánea. Podríamos decir, recuperando a Bauman (2008), que la consecuencia de “quitarle demora al deseo” es que se le quita deseo a la demora. Para lograr esa reducción necesaria del tiempo, conviene que los consumidores no puedan fijar su atención ni concentrar su deseo en un objeto durante mucho tiempo; que sean impacientes, impulsivos, inquietos; que su interés se despierte fácilmente y se pierda con la misma facilidad. La cultura de la sociedad de consumo no es de aprendizaje sino principalmente de olvido. Se invierte la relación tradicional entre la necesidad y la satisfacción: la promesa y la esperanza de satisfacción preceden a la necesidad que se ha de satisfacer, y siempre será más intensa y seductora que las necesidades persistentes.

En este contexto, las personas mayores quedan desancladas (Giddens, 1991): por una parte encuentran obstáculos para adaptarse a la novedad permanente, ya que están acostumbradas a convivir y manipular objetos con fecha de vencimiento difícil de determinar y, por otra parte, habituados a una sociedad salarial con empleos de larga duración y con una vida cotidiana conformada por prácticas rutinarias (Sennet, 1998), encuentran más dificultades para adaptarse a un entorno social cambiante y sustancialmente disímil al de las sociedades estacionarias de otras épocas.

Otro rasgo que condiciona los modos de habitar el mundo de las generaciones mayores es el vinculado a los vertiginosos cambios tecnológicos (aquí también la preocupación social por lo novedoso ocupa un lugar vital). Acostumbradas a sociedades estacionarias y rutinarias, tal como señalamos, les resulta difícil adaptarse a los veloces y constantes cambios tecnológicos que se suceden cotidianamente.

La metáfora que utiliza Piscitelli (2009) para explicar estos fenómenos resulta muy gráfica, plantea que en el mundo contemporáneo hay nativos e inmigrantes digitales. Para este autor, nuestros jóvenes son hablantes nativos del lenguaje de las nuevas tecnologías (computadoras, videojuegos, internet, etc.) y nosotros, los adultos, por más tecnofílicos que seamos (o pretendamos ser), nunca sobrepasaremos la categoría de inmigrantes digitales o hablantes más o menos competentes de esa segunda lengua (esto se nota más aun en los adultos mayores). Para los adultos, en tanto inmigrantes, lo digital es una segunda lengua y eso se observa en todo lo que hacemos, es un acento que matiza todas nuestras actividades y se refleja en nuestra vida cotidiana y profesional²².

.....
22 Vamos a Internet cuando no encontramos un libro que previamente dé cuenta del problema. Antes de usar un aparato, leemos el manual. Antes de ejecutar un programa, necesitamos saber qué

La tecnología avanzó muy rápido. Y así de rápido la web 2.0, los celulares e internet se transformaron en herramientas imprescindibles para muchísima gente, sobre todo para los jóvenes. Pero los adultos, especialmente los mayores, encontraron en estas transformaciones una barrera difícil de superar.

Estos cambios en la socialización y en las relaciones intergeneracionales vienen siendo señalados desde hace varias décadas por los estudiosos de las transformaciones sociales. Margaret Mead, de manera anticipatoria, afirmaba en 1970 en su libro *Cultura y Compromiso* que estábamos asistiendo a una cultura prefigurativa, donde los pares reemplazan a los padres como modelos de conducta, donde hay menos señales y referencias para moverse, y donde lo que se impone es más la exploración. Esa ruptura generacional, según la antropóloga americana, no tiene parangón en la historia. Siguiendo esta línea, podríamos decir que los jóvenes constituyen hoy el punto de emergencia de una nueva cultura, que rompe tanto con la cultura basada en el saber y la memoria de los ancianos, como con aquella cuyos referentes ligaban los patrones de comportamiento de los jóvenes a los de padres que, con ciertas modificaciones, recuperaban y adaptaban los patrones transmitidos por los abuelos.

Para Martín-Barbero (2002), los jóvenes expresan el des-ordenamiento de la cultura, el trastocamiento de las jerarquías de saberes y la reorganización profunda de los modelos de socialización, cuyas consecuencias aún no alcanzamos a vislumbrar. Para él, además, ese carácter de “refracción” y “amplificación” de los cambios hace que los jóvenes corporicen también los miedos y las dudas del mundo adulto frente al cambio de época. Creemos que estas ideas son importantes porque, lejos de esencializar ciertos rasgos de la juventud actual, prefiere pensarlos en términos de vínculos intergeneracionales, de posiciones sociales en una red de relaciones en las que los jóvenes son convocados a ocupar lugares que concitan temores, envidias y esperanzas.

Otra perspectiva para pensar la problemática es la intergeneracional. Creemos que las concepciones de niñez, juventud, adultez y adultez mayor se construyen y se interpelan dialécticamente. En este sentido, a modo de ejemplificación, podemos señalar que hay una estrecha relación entre el carácter gerontofóbico de la sociedad actual y su adolescentización, pues la figura de los mayores se devalúa de manera directamente proporcional a la inflación de la valoración social hacia las nuevas generaciones.

En esta dirección, nuestra sociedad adolescentizada propone a los jóvenes como modelo social: mientras que en otros momentos históricos se aspiraba a ser adulto, en la actualidad se da un fenómeno inverso en el cual ya los jóvenes no aspiran a ser como los adultos, muy por el contrario, hay que ser lo más dife-

tecla apretar, etc. Justo a la inversa de todos los casos de los nativos digitales, que hacen primero y se preguntan después.

rente posible y son los adultos los que imitan a los adolescentes²³. Aparece socialmente valorado un modelo juvenilizado a través de los medios. Este modelo supone que hay que llegar a la adolescencia e instalarse allí para siempre.

En tal sentido, Pinillos señala que "...la adolescencia ha dejado o está dejando de ser una etapa del ciclo vital para convertirse en un modo de ser que amenaza por envolver a la totalidad del cuerpo social" (1990:34). Se define una estética en la cual es hermoso lo joven y hay que hacerlo perdurar (no es casual este lugar de la belleza, en una etapa de hegemonía y omnipresencia de la imagen²⁴) aunque no sólo se toma el modelo de cuerpo sino también su forma de vida.

Savater habla de cierto fanatismo por lo juvenil en los modelos contemporáneos de comportamiento: "Lo joven, la moda joven, la despreocupación juvenil, el cuerpo ágil y hermoso eternamente joven a costa de cualesquiera sacrificios, dietas y remiendos, la espontaneidad un poquito caprichosa, el deporte, la capacidad incansablemente festiva, la alegre camaradería de la juventud...son los ideales de nuestra época" (Savater, 1999:28).

Quizás la prolongación de adolescencia se deba, siguiendo a Gil Calvo (2003), a la necesidad de inventar nuevas edades a causa del crecimiento sostenido de la longevidad en nuestras sociedades. Esta radical novedad supone no sólo la consecución de un deseo largamente acariciado pero hasta hoy inalcanzable, sino, además, el desencadenamiento de una cascada de consecuencias incalculables, desde el temor al envejecimiento poblacional hasta el acceso a la guerra de las pensiones al primer rango de la agenda política.

La solución a esta problemática, a nuestro juicio, ha sido la invención de nuevas edades. El modo en que el mundo contemporáneo se adaptó a la prolongación de la longevidad ha sido doble. Por un lado, ha prolongado la duración de cada una de las etapas biográficas, retrasando la edad de transición de una fase a otra. Así, por ejemplo, antes los niños dejaban de serlo muy pronto, pues se convertían precozmente en adultos, debían sostener responsabilidades activas ante su comunidad tras llegarles la pubertad para ponerse a trabajar y formar familia, ir a la guerra, etc. En cambio, ahora la pubertad se prolonga como adolescencia forzosa hasta edades cada vez más tardías, y así sucede también con el resto de etapas que componen el curso de la vida.

.....
23 Un interesante aporte sobre este fenómeno realiza, de una manera un tanto irónica, Lipovetzky: "Un nuevo fantasma recorre el mundo. Sin encontrar obstáculo a su paso, agiganta su figura y con sus aterradoras alas oscurece nuestro tiempo y su futuro: el fantasma de la estupidez (...) la obligación de ser por siempre jóvenes" (*Manifiesto contra la juventud*).

24 Bauman (2008) plantea que en la sociedad de consumo en la que estamos insertos, todos somos instados a producir un producto deseable y atractivo, nosotros mismos. De alguna manera, simultáneamente somos los promotores del producto y el producto que promovemos y para ello el cuerpo ocupa un lugar vital en esta promoción de nosotros mismos.

Pero, además, se ha creado otro procedimiento para adaptarse al incremento de longevidad, que ha sido inventarse otras edades o etapas vitales nuevas allí donde antes no existían, intercalándolas entre las demás edades tradicionalmente reconocidas.

Es el caso de la invención de la juventud. Hace cien años se pasaba directamente de la adolescencia a la edad adulta sin más rito de paso que la boda u otra ceremonia de iniciación a la mayoría de edad. Hoy, en cambio, la transición desde la pubertad hasta la edad adulta dura quince años y no finaliza hasta casi los treinta, cuando se halla empleo estable y se forma una familia. Y si hubo que inventar la juventud, fue por la necesidad de aplazar el ingreso en la actividad laboral, dado el crecimiento tecnológico de la productividad, que redujo el tiempo de trabajo a la vez que incrementaba la necesidad de formación profesional, prolongando cada vez más la escolaridad de los jóvenes. Y algo análogo debe ocurrir con las demás edades que se inventan cada día: la crisis de los cuarenta, la tercera edad, la cuarta edad, etc.

El resultado de estos fenómenos se manifiesta en la fobia de la edad que induce pánico a ser mayores. En este sentido, la cantidad de recursos que se invierten en la industria del rejuvenecimiento, con elevadísimos costos, es impresionante. Y no nos referimos a la seguridad social, el gasto sanitario, etc., sino al mercado de la eterna juventud, esa preocupación por permanecer para siempre en el Olimpo: comida light, dietas, industria cosmética, cirugías estéticas por doquier y todo tipo de artificios que se utilizan para permanecer jóvenes; todo es válido con el pretexto de parecer menos viejos.

Y así seguirá sucediendo hasta que no se reinvente una nueva cultura sólo para mayores, capaz de llenar de sentido la vejez, enriqueciendo su ocio con capital humano y responsabilidad pública, lo que implica democratizar la llegada a una adultez mayor digna que hoy disfruta una élite privilegiada de mayores. Este es el desafío que nos debemos todos aquellos que estamos preocupados por mejorar la calidad de vida de nuestros mayores.

A modo de cierre

Los escenarios señalados resultan poco alentadores para habitar la adultez mayor, evidentemente la humanidad ha transitado coyunturas históricas más favorables para vivir la vejez. La adolescentización de la sociedad y la irrupción de un mercado que nos invita a mantenernos jóvenes para siempre, el debilitamiento del poder de los mayores ante la imposibilidad de dar respuesta a los problemas del presente con recetas de un pasado sustancialmente diferente, el advenimiento de una cultura prefigurativa y la emergencia de las nuevas tecnologías a las que le resulta dificultoso acostumbrarse en tanto nativos de otras culturas, entre otras razones, son una clara demostra-

ción de la singularidad de los fenómenos sociales que condicionan el devenir de una ancianidad desprovista de valoración simbólica y social.

Tal vez uno de los mayores peligros de los análisis centrados en miradas generacionales, se vincule con las pocas fisuras que dejan a los sujetos para salir de las amarras de lo social. Si bien creemos que estas miradas son claves para entender la coyuntura en la que viven las personas mayores y que nos brindan herramientas vitales para realizar una hermenéutica de estos grupos etéreos, sería un error incurrir en posturas cercanas al determinismo social que proponen un modelo único de vejez, sin posibilidades de atravesar los intersticios que nos brinda lo social.

Estos escenarios desalentadores, por lo tanto, no deben funcionar como sostenedores de un discurso performativo²⁵ que en el acto de nombrar a los mayores en relación a la coyuntura actual le otorgue a esas palabras un poder instituyente.

Si el habla crea la situación que nombra, sobre todo a medida que se repite y se sedimenta en la gente como una repetición y un ritual que permite la naturalización de una posición del sujeto, no es nuestra intención contribuir a sedimentar miradas estigmatizantes de las personas mayores. Lejos de poner en acto profecías autocumplidas, queremos posicionarnos en prácticas educativas “antidestino” (Nuñez, 1999) que entienden a los sujetos como una incógnita, como singularidades que no podemos anticipar ni, mucho menos, intentar determinar.

Siguiendo a Nuñez (1999), sostenemos que nuestra función, en tanto educadores, es abrir la posibilidad de acceso a nuevos lugares en lo social y cultural, propiciando la conexión (o, en su caso, la re-conexión) en las redes de la sociedad de época, pues el acceso a lo nuevo no tiene fecha de vencimiento.

Para educar debemos saber qué transmitir (aunque podamos discutir sobre qué materiales de la cultura conviene trabajar y sepamos que todo corte es arbitrario) y admitir que los adultos mayores son enigmáticos.

Hacer de la educación un “antidestino” es un verdadero desafío. La educación con personas mayores encuentra aquí su legitimidad: práctica que juega contra la asignación determinista de un futuro ya previsto.

Sin duda está en juego qué noción de educación se maneja a la hora de trabajar con personas mayores. Si creemos en prácticas pedagógicas-políticas que permitan que se relacionen de manera mancomunada la autonomía y la heteronomía del educando, que entiendan que toda práctica pedagógica es asimétrica sin que esto signifique que no se respete al sujeto que aprende,

.....
25 Butler (1990:19) entiende a la performatividad “no como el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra, sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone”.

que privilegien la transmisión de nuevos conocimientos sin descuidar el rico bagaje de saberes y experiencias que poseen los mayores, es necesario brindar oportunidades de aprendizaje a lo largo de toda la vida, pero los saberes no pueden transmitirse desde la noción de destino porque es incompatible con la posibilidad de educar.

La educación de adultos mayores, por lo tanto, deberá contribuir a que las personas se enriquezcan y a que no interioricen los estereotipos externos acerca de sus capacidades, pues en muchos casos son tratadas como personas desactualizadas y sin herramientas para comprender el mundo actual. A estas posiciones Salvarezza las denomina "viejismo" y las define como: "...el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad. En sus consecuencias son comparables a los prejuicios que se sustentan contra las personas de distinto color, raza o religión, o contra las mujeres en función de su sexo (1991:23).

Por lo tanto, resulta primordial promover el acercamiento a temas postergados en otras etapas de sus vidas, incentivar su interés por nuevas actividades o campos de conocimientos nunca antes explorados, profundizar conocimientos ya adquiridos e incorporar vínculos sociales. Es prioritario garantizar una mejor calidad de vida y un envejecimiento saludable.

Para concluir, creemos que sólo puede haber educación si, confrontados a la apariencia de lo imposible, no dejamos de ser incansables buscadores de posibilidades.

Sostenemos fervorosamente que los obstáculos de la educación con personas mayores no son sólo la escasez de políticas sustentables, ni la desinversión estatal para el trabajo con este grupo etario, ni las representaciones devaluadas de esta población, sino que son, además y fundamentalmente, la idea de lo definitivo, de la determinación, de la impotencia, de la irreversibilidad.

Referencias bibliográficas

- ANTELO, E. ¿Quién precisa un educador? En: *Revista Ensayos y experiencias* N° 40. Buenos Aires, Novedades Educativas, 2001.
- ANTELO, E. *Notas sobre la in-calculable experiencia de educar*, en: Frigerio, G. y Dicker, G. *Educación: ese acto político*. Buenos Aires, Editorial del Estante, 2005.
- ARENDETT, H. *Entre el pasado y el presente*. Barcelona, Península, 1996.
- AROMANDO, J. *Adultos Mayores en Mercosur: perspectivas de desarrollo educativo y cultural*. Foro Mundial de ONGs para el envejecimiento. II Asamblea Mundial del envejecimiento. Naciones Unidas. España, 2002. Disponible en internet en: <http://www.redadultosmayores.com.ar>
- BAUMAN, Z. *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 1999.
- BAUMAN, Z. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2000.
- BAUMAN, Z. *Vidas de consumo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- BECK, U., GIDDENS, A. y LASH, S. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza, 1997.
- BOURDIEU, P. *La distinción: criterios y bases del gusto*. Madrid, Taurus, 1988.
- BOURDIEU, P. *Sociología y cultura*. México, Editorial Grijalbo, 1990.
- BUTLER, J. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México DF, Paidós, 1990.
- CARLI, S. "Discontinuidad e historización. Una mirada sobre la relación entre adultos y jóvenes en la Argentina contemporánea", en: *Revista Ensayos y experiencias* N° 40. Buenos Aires, Novedades Educativas, 2001.
- COREA, C. y LEWKOWICZ, I. *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires, Lumen Humanitas, 1999.
- DEBORD, G. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona, Anagrama, 1990.
- DEBRAY, R. *Transmitir*. Buenos Aires, Manantial, 1997.
- FINKIELKRAUT, E. *La derrota del pensamiento*. Madrid, Anagrama, 1987.
- GIDDENS, A. *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza, 1990.
- GIDDENS, A. *Un mundo desbocado*. México, Taurus, 1999.
- GIL CALVO, E. "El «poder gris». Consecuencias culturales y políticas del envejecimiento de la población", en: *Consecuencias de la evolución demográfica en la economía*. Mayo-Junio 2004. N.º 815. Madrid. ICE.
- GIL CALVO, E. *El poder gris: una nueva forma de entender la vejez*. Barcelona, Mondadori, 2003.
- HASSOUN, J. *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1996.
- JELIN, E. *Vivir en familia*. Buenos Aires, Losada, 1996.
- LYOTARD, J. *La condición posmoderna*. Madrid, Editorial Cátedra, 1989.
- MANNHEIM, K. "El problema de las generaciones", en *REIS -Revista Española de Investigación Sociológica-*. N° 62, Madrid, abril-junio 1993.
- MARGULIS, M y otros. *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996.
- MARTÍN-BARBERO, J. "Jóvenes, comunicación e identidad. Pensar Iberoamérica". *Revista de Cultura de la OEI* N° 0, 2003. Disponible en Internet en: <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>
- MEAD, M. *Cultura y compromiso*. Barcelona, Gedisa, 1980.
- MEIRIEU, Ph. *Frankenstein educador*. Barcelona, Laertes, 1998.
- NÚÑEZ, V. *Pedagogía Social: Cartas para navegar el nuevo milenio*. Buenos Aires, Santillana, 1999.
- PINILLOS, J. "La adolescencia en la postrimerías de la posmodernidad", en: *Psicopatología* N° 10. Madrid. 1990.
- PISCITELLI, A. *Nativos digitales*. Buenos Aires, Santillana, 2009.
- SALVAREZZA, L. *Psicogerontología: Teoría y clínica*. Buenos Aires, Paidós, 1991.
- SAVATER, F. *El valor de educar*. Buenos Aires, Ariel, 1999.
- SENNET, R. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama, 1998.
- SIBILIA, P. *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- VASEN, J. *Las certezas perdidas. Padres y maestros ante los desafíos del presente*. Buenos Aires, Paidós, 2008.

Fecha de recepción: 18 de agosto de 2010.

Fecha de aceptación: 30 de agosto de 2010.